

mos mandada la obediencia eclesiástica; pues, según el Crisóstomo, el Apóstol por nombre de prepositos entiende aquí principalmente los superiores eclesiásticos: *obedire præpositis vestris, et subjacete eis. Ipsi enim pervigilant quasi rationem pro animabus vestris reddituri*. Y por último impone la obediencia doméstica, pues dirigiéndose á los de Colossas, dice á las casadas: «estad sujetas á vuestros maridos:» *mulieres, subditæ stote viris*; á los hijos: «obedeced á vuestros padres en todo:» *fili, obedite parentibus per omnia*; y á los criados: «obedeced en todas cosas á vuestros señores temporales:» *servi, obedite per omnia dominis carnalibus*.

Ahora bien, A. H. M.: cumpliendo el hombre con estos deberes sagrados, que la obediencia cristiana le impone, obediencia que el apóstol Santiago llama «ley perfecta de la verdad: *legem perfectam libertatis*, y perseverando en el cumplimiento de esa ley, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de obra, como dice ese apóstol, él será bienaventurado en su hecho:» *hic beatus in facto suo erit*. Y es porque el hombre entonces siendo obediente no deja de ser libre, ó mas bien, es libre porque es obediente. El filosofismo con sus doctrinas disolventes no quiere comprenderlo así, y por esto combate sin tregua ni descanso la obediencia cristiana; y la combate exagerando los derechos del hombre, y alhagando su orgullo con estas ó semejantes palabras: «tu no tienes otro dueño y señor que á ti mismo;» sin querer pensar que desde entonces el hombre sería esclavo de cualquiera que se dignase dominarle. La religion tiene otras enseñanzas y se propone mas altas miras preceptuando la obediencia, que ciertamente no es invencion suya, sino que Dios la ha establecido como habeis visto, y por esto parece que le dice en su profunda sabiduría, y en su grandísima caridad estas palabras citadas por un escritor célebre: «Ser libre es caminar sin obstáculo á su fin; el tuyo es la perfeccion; obedece, pues, y serás libre. Comprenda, pues, el hombre lo que es;

y si, dominado por las pasiones, se siente aun débil para elevarse hasta una plena obediencia á las leyes emanadas del poder supremo que gobierna á todos los seres criados, conozca al menos que esta obediencia es el mas precioso y el mas glorioso de sus derechos, es la única que constituye su verdadera libertad, y que aspire por el momento de adquirirla.»

¡Ahl la libertad que se pretende hacer ver como contraria á la santa obediencia, oidlo bien, A. H. M., se concedió al hombre para que, acatando los preceptos de Dios y de su Iglesia, obrase con mas dignidad; no para que despreciando esos preceptos con su inobediencia abusase de ella y se envileciera; se le concedió la libertad para que obrando con conocimiento y eleccion siguiera el bien que se le habia preceptuado, adquiriendo el mérito de preferirle al mal; se le concedió en fin para que, libre de trabas, se encaminara por las sendas de la virtud, no aherrojado como los demás seres por la necesidad, sino estimulado por su inteligencia y por la nobleza de su corazon. Así es que la obediencia que modera nuestra libertad no la destruye, la supone, la perfecciona, la guia y se adapta á ella tan ajustadamente, que la libertad sin las leyes y sin los preceptos que se nos manda obedecer, es perdida, y las leyes y los preceptos sin la libertad son ridiculos y nulos. «¿Qué ley política, ha dicho un escritor, qué reino, qué república, qué familia no libra su orden, conservación y ventura en la virtud de la obediencia? Basta romper el hilo sutil de esta virtud para desconcertar toda la armonía del mundo. Luego, ó todo él es una tiránica servidumbre, ó fuera de la obediencia no hay verdadera libertad.»

¡Cuántas reflexiones, A. M., se agolpan á mi espíritu al espresar estos pensamientos! ¿Cuál es la causa de las disensiones de los disturbios, de las grandes perturbaciones que vienen trabajando á la sociedad; sino el abuso de la libertad

que desconoce la virtud de la obediencia civil, y la conculca atrevidamente? ¿Cuál es la causa de las herejías, de los cismas, de las apostasías y rebeliones que hoy afligen á la Iglesia de Jesucristo, sino la satánica independencia de sus hijos que la llaman libertad, y que es el menosprecio de la obediencia eclesiástica? ¿Por qué tantos sinsabores, tantos males y pecados en la familia, sino porque la esposa, invocando una libertad mal entendida, desconoce la libertad del esposo, el hijo la de sus padres, y los criados la de sus amos, faltando todos ellos á la obediencia doméstica? Y cuando la virtud de la obediencia así se escarnece, se vilipendia, y tan osadamente se ultraja si que pueden esperar las costumbres y súplicas, el bienestar de los pueblos, la paz de la Iglesia, y la sociedad doméstica? ¡Ah! no otra cosa que el desconcierto y la horrible agitacion en que nos hallamos precursora de una ruina social, y de una reprobacion eterna, nos harán desgraciados en esta vida y en la futura.

Abramos, pues, los ojos á la situacion presente, y no cerremos los oídos á las sábias y maternales enseñanzas de la Iglesia que nos recuerda las excelencias de la obediencia y de la humildad cristianas. Esta nos comunica abundancia de gracias, de méritos y de gloria para engrandecernos porque ella es el mas firme apoyo de nuestra dignidad. Aquella, procediendo de Dios, tiene todos los títulos á nuestro respeto, nos proporciona grandes ventajas, evita inmensos males, porque es el sólido sosten de la libertad verdadera. Pidamos una y otra virtud al cielo como indispensables para nuestra santificacion, y bienestar temporal, y sobre todo para alcanzar la felicidad de los santos en la pátria celestial, y recibamos estos dones del Altísimo con grande alegría, como ricos manantiales de paz y de ventura, como lo han sido para nuestra Madre Santísima María.

¡Ah! ¡qué verdaderos y útiles progresos podemos hacer en estas virtudes copiándolas del modelo de todas ellas,

nuestra bendita Madre! Humilde y obediente María, en su vida privada y pública; humilde y obediente, en su vida social y religiosa acrecentó el copioso caudal de méritos que la hicieron sobresalir entre todas las criaturas sobre la tierra, y que hoy la enaltecen sobremanera en el cielo como Reina de los ángeles y de todos los santos. Pues corramos en pos de la humildad y de la obediencia de María, que son preciosísimos unguentos de la santidad á que todos debemos aspirar: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

Ayudadnos ¡oh! Virgen humildísima y obediente, á combatir sin descanso nuestro orgullo que tanto nos separa de la muchedumbre y humildad de vuestro Hijo Jesus nuestro Dios, y de Vos; ayudadnos á vencerla meritoriamente para que esas virtudes que formaron vuestra grandeza en la tierra, y hoy son acrecentamiento de vuestra gloria en el cielo, nos hagan dignos, como á Vos de las eternas recompensas, y de ellas gozaremos por los siglos de los siglos. Amen.